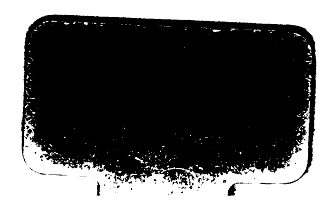




Sb[illegible]

J. J. YLLA MORENO

RUBIES Y AMATISTAS



MONTEVIDEO
O. M. BERTANI, Editor
1907

EL ARTE—RECONQUISTA, 195

N

Al talentoso poeta Félix Bocayuba,
con intelectual simpatía y muy
atentamente. JMaMoreno

Montevideo Julio de 1907

Para acusar recibo á:
Convención 87 - Montevideo -



A mis padres

INTROITO

INTROITO

Introito al altare Dei
ád Deum qui lœtificat
juventutem mea.

Me acercaré al altar de mis amores
y diré el himno de mi ardiente fé,
los maitines también de mis dolores
y el salmo pasional recitaré.

Como lírica hostia á la Natura
elevaré mi estrofa en oblación,
inspirada en su mística hermosura
en la hora de la contemplación.

O al celebrar el culto de Harmonía,
á quien mi juventud dió sus preceas,
unido al sentimiento, el alma mía
la ofrendará con un collar de ideas.

Ideas de fulgencias carmesíes
nacidas en las psíquicas hogueras,
que simbolizaré con los rubíes,
que enigmáticos forjan mis quimeras.

É ideas en que irisan las hilaceas
nostalgias de mis tardes mas contristas,
que simbolizaré con las violaceas
y dulcemente tristes amatistas.

Y todas brillarán cual misteriosa
constelación que alumbra en mi universo,
unidas en la ofrenda harmoniosa
por el oro sin mácula del verso.


RUBÍES

RUBÍ

Para José Enrique Rodó.

Y llegué hasta el adito del antiguo santuario
donde la casta Psiquis eternizó su ruego,
donde á la fé proclama perenne lampadario
y donde un Eros místico mantiene el sacro fuego.

Aún se erguían las palmas que ofrendó entre canciones
el lírico triunfante coronado de rosas,
y sus huellas dejaran las peregrinaciones,
recientemente impresas en las sagradas lozas.

Aún flotaba en el ara la perfumada nube
de un reciente holocausto de amable liturgía,
en que imploró un ensueño femenino querube
bello cual los del séquito de la Virgen María.

Sobre el retablo de oro la imagen irradiaba
con un gesto propicio para las santas preces,
y á su leve sonrisa el templo se impregnaba
de tamizadas luces y suaves embriagueces.

Mi pupila escrutante se detuvo en la Dea
icónica y piadosa que me era indiferente,
fué cuando su mirada taumaturga y febea
pudo inflamar en mi alma la devoción ferviente.

Caí, solemnizando su amor, sobre el granito,
sintiendo que mis dioses antiguos se morían,
y las protervas hojas del libro de mi rito
inmolé entre las brasas que en el altar ardían.

Tal la nota de un himno, se levantó una llama
formando la apoteosis de mi espontáneo culto,
y subió hasta la imagen entre el rojo oriflama
fuliginoso espíritu que entre el libro era oculto.

Y en su afán ascendente, cuando la luz muriera,
se esfumó como el velo de un sueño baladí,
mas sobre el ofrendario de la diosa hechicera
era un corazón férvido ignífero rubí.

Buenos Aires, 1904.

ADELFA

Para Pedro J. Naón.

Flor anémica y sombría
que alimenta el horror de los sepulcros.

Tiene luz de carbunclos extraños
el fulgor de su negra pupila,
y en su faz de verónicos paños
un miraje de sombras oscila.

Han tejido el crespón de su suerte
en su negra cabeza las penas.
Corre ardiente un elíxir de muerte
por el cauce febril de sus venas.

A su cuerpo de garza dormida,
la Gautier le ha dejado su herencia,
de donde hace la Parca escondida
una mueca de burla á la Ciencia

Ya en su frente el ideal no fulgura
con la luz de mirificas galas,
solo cuervos de rara negrura
en sus sienes sacuden las alas.

Ya la abeja de amor en sus labios
no se embriaga con rica ambrosía,
solo un néctar de amargos agravios
de esa cárdena flor libaría.

Montevideo, 1902.

LA ETERNA ESCENA

Para Julio Herrera y Reissig.

Al lado de la cuna Filomena
semeja un mito de espartano huraño,
el hijo muere de algún mal extraño,
mientras corre el amante la verbena.

Labra en su frente el surco de la pena
el arado infernal del desengaño.
Por su mano de ascético ermitaño
se desliza la mística cadena,

haciendo su oración intermitente
los sollozos de lúgubre demente
con que cuenta sus negras aflicciones

al pañuelo. Y en tono de un agüero
siniestro, el gato al lado del bracero
gargariza un responso de ronrones.

Montevideo, 1902.

HOSPITALIDAD SUPREMA

Alma triste y solitaria que las solitarias sendas,
de sangrientas espadañas y de llantos vas regando
en las horas mas sombrias de las noches mas horrendas
y las sendas y los valles de lamentos vas poblando.

Ven, acógete en mi alcoba, mi alcoba será tu asilo.
Mi lámpara es buena amiga para toda alma doliente,
á su luz oiré tus penas mientras mis versos burilo.
Reclina, mientras te escucho, tu frente sobre mi frente.

Te enseñaré á precaver la zarza que te destroza
y como has de restañar la sangre de tus heridas.
Te enseñaré á sonreir y en contienta rigurosa
dominarán al Dolor nuestras dos almas unidas.

Despues sabrás que ese heraldo no solo porta amarguras,
que es tambien el singular nuncio por quien la Experiencia
dicta sus declaraciones sabias á las criaturas
enseñándoles la Vida con magistral elocuencia.

Te iniciaré en los deliquios que hay en los hondos secretos
de los solemnes amores con la adusta Soledad
y si le ofreces tus horas y tus delirios inquietos
ella te entregará en pago su noble fecundidad.

Cuando sepas que el Silencio es el númen soberano
y el mas proficuo padrino de tus vástagos mejores,
para obtener el tesoro del galardón de su arcano,
te unirás á sus fervientes preclaros adoradores.

Te enseñaré que las lágrimas en viriles sentimientos,
con estoicismo, se tornan en el psíquico crisol
y tambien que se transforman los mas amargos lamentos,
si austeramente se ahogan, hasta en un rayo de sol.

Y así templada en el yunque sobrio de las voluntades,
tú mi hermana inseparable serás en las excursiones
que haré buscando respuestas por invioladas ciudades,
para las graves, profundas, magnas interrogaciones.

Juntos, en lazo potente, sitibundos beberemos
en la fuente en que la Ciencia sus iniciados congrega,
y á las sendas solitarias, entonces juntos iremos
á sorprender los instantes en que el Misterio se entrega.

Montevideo, 1905.

GLISACIONES

Para Daniel Martínez Vigil

Y pasa doliente, cual hoja que llevan los vientos,
el mínimo instante en que nace la tétrica lágrima;
y pasa furtivo, cual ígneo lucir de meteoro,
el mínimo instante que alumbra el fulgor de una risa;
y pasan, cual aves que llevan aciagas misivas,
las horas pobladas de amargas, hirientes visiones;
y pasan, cual hálito amable de alígeros céfiros,
las horas que tejen y bordan la malla de ensueños;
y pasan, cual hórridos *nimbus* cargados de males,
los años fecundos en plagas malditas y en duelos;

y pasan sonriendo, cual almas de alegres fanfarrias,
los años felices que besa el Amor y la Gloria;
y pasan, cual tristes protervos de enferma conciencia,
los siglos sombríos, envueltos en caudas sangrientas;
y pasan, cual almas ilusas bebiendo en los soles,
los siglos ilustres que llevan un astro en la frente.
Y todos: instantes y horas y años y siglos,
dolientes y alegres, amables y pérfidos són
talvez glisaciones grandiosas de la amplia harmonía
que toca la mano invisible del mago Infinito
en la magna viola inmutable de la Eternidad.

Montevideo, 1905.

ESFINGE

Para Blanca E. Flores

Sarcófago de trágicos dolores
ó caso de una rara psiquiatría?
no lo sé,
evoca los insólitos amores
de mi musa que ignora la alegría.

Con las alas del Ángel Tenebroso
parece cobijara los ensueños
de su fé.
Tiene ese timbre magno y horroroso
de las tétricas aves de mis sueños.

Hay un severo drama en sus pupilas,
de sombras, de colosos espectrales
y de luz.
Han besado su cuello las sibilas
y su frente las calmas siderales.

Una angustiada flor hay en su boca
dolorosa, como en la de la santa
de la cruz
y una expresión de misteriosa loca
de sus cabellos en la oscura manta.

En las negras ojivas de sus cejas
hay dos menguantes lúgubres del cielo
del dolor,
y dos brocales forman sus parejas
pestañas, en los antros de su duelo.

Y lucen en sus místicas ojeras,
del cuerpo del Jesús crucificado
la flor,
y surgen de su pecho dos austeras,
intactas fuentes de un amor sagrado.

Sarcófago de trágicos amores
ó ensueño de una extraña hipnografía,
es así.
Se glisan por su mente los dolores
que alientan mi lóbrega elegía.

Y aunque la he visto rara y tenebrosa,
como el arbusto donde grazna el buho,
le dí
el corazón y grave y misteriosa
me acompañó en el fervoroso duo.

De sus rizos, las sierpes erizadas
adoré y de sus éticas ojeras
el cardal,
y tambien sus labios: carminadas
amapolas que encienden mis hogueras.

Fuí el sugestionado por la ciencia
de sus lesivos ojos halconados,
é imperial,
fué la reina en mi tétrica existencia
y en mis versos, por ella hipnotizados.

Sarcófago de trágicos dolores
ó caso de una rara psiquiatría?
no lo sé,
evoca los insólitos amores
de mi musa que ignora la alegría

Montevideo, 1902.

RONDA AUTUMNAL

Para el Doctor Juan B. Morelli

> «Cada hoja de cada árbol canta un propio cantar»
> DARIO.

¿Quién es?...
¿Acaso el ala de un ave fugitiva
rozó el vidrial severo llamando en mi solumbra,
ó el vuelo noctivago de un alma que se ausenta
golpea mis cristales huyendo en la penumbra?...
Abro.
Y al compás del viento, en rondal coreografia
y en dialecto carrasqueño,
recitan las hojas secas su misteriosa canción:
"Somos las páginas hondas del poema de la Vida,

que vamos al Infinito
en las alas intangibles de profunda evolución."

—"Yo fuí, canta la mas ocre, hija tambien del horóscopo
que alumbró tu nacimiento;
fuimos hermanos, me dijo,
y caí cuando surgían
en tu ser las vibraciones concientes del sentimiento."

—"Yo fuí, dijo otra, nacida para formar el dosel
del nido con que soñara
tu adolescente quimera."

—"Yo, rezó otra, fuí el laurel
de la diadema gloriosa
que alentara los prodigios de tu lírico cincel."

Cuando ebrio de amor, tu mano,
en el tronco de un manzano
tu nombre á otro nombre unido,
pasionalmente imprimía,
en la florecida rama,
fuí una nota esplendorosa del himno de tu alegría."

—"Y yo el ornato lozano de la ofrenda perfumada
con que decoró tu anhelo
el pecho eburneo y albino de tu dulce Bien Amada."

Y fueron, todas las hojas de la ronda gemebunda,
recitándome sus vidas
dolientemente curzadas, tristemente fenecidas.
Y como aves taciturnas ó nómades dolorosas,
lentamente se alejaron, lentamente murmurando,
lentamente se alejaron como si fueran llorando.

Cerré.

Y al compás del viento, en rondal coreografía
y en dialecto carrasqueño,
por los senderos lejanos
fueron diciendo las hojas su misteriosa canción:
"Somos las páginas hondas del poema de la Vida
que vamos al Infinito
en las alas intangibles de profunda evolución."

Montevideo, 1905.

FLOR DE ANFITEATRO

Para Horacio A. Savio

Solemne como un templo solitario,
en su amplitud el anfiteatro está,
agravado su ambiente silenciario
pcr luz opaca que el vidrial le dá.

A su atmósfera, impregnan sofocantes
ácidos que vertiera la avalancha
activa de estudiantes
disecando un cadáver. En la plancha,

cual prueba irrecusable á la protervia
de enfermedad oculta, yace inerte
una virgen ¡Que ofrenda tan soberbia
con que la Vida quizo deslumbrar á la Muerte!

Cual en sueño de ilusa candidez,
aguarda al escalpelo que descarne
su espléndida é intacta desnudez,
que es cual vívido canto de la carne.

Un anciano galeno ensimismado
la contempla. A su ciencia,
el mortífero mal hubo burlado.
Fué un caso singular en su experiencia.

Al cabo se decide
á la investigación destrozadora,
y su pulso científico divide
la cabeza que fué encanto en otrora.

Rotos los parietales,
se abren como las puertas de un sagrario
inviolado y asoman los claustrales
hemisferios: dos lámparas sin lumen de un psíquico santuario.

Y la mano del sabio, cual la garra
sacrílega de un ave carnicera,
los tejidos desgarra,
y práctica y certera
la encefálica masa extrae entera.

Entre los grises pliegues
busca la causa de la cruel dolencia,
mas no acusan los múltiples repliegues,
del mal que suponía, la existencia.

Abísmase explorando
los cáuces do corriera el sentimiento,
y pensativo quédase palpando
las cumbres do irradiara el pensamiento,

Y despues de un gran lapso en que está meditabundo
ante el cerebro aquel, interroga profundo
si solo fué de la materia una obra armoniosa
ó un prodigioso mundo
al que hálito infinito dió vida misteriosa.

Y á su duda parece que hace mas incierta
la actitud de la muerta,
pues mientras fija sus ojos en el cielo,
el índice colgante, de su mano yerta,
con rígida obsecación indica el suelo.

Montevideo, 1905.

AVE NOCTURNA

Ave nocturna, tétrica hermana de mis insomnios,
huraña reina de los absortos antros umbrios
que abres las alas protegiendo solemnemente
el hondo duelo de los exhaustos jardines míos,
triste viajera, fúnebre nuncio, ave errabunda,
baja al asilo de mi glorieta meditabunda.

Ave que rimas tu extraño canto con mis tristezas,
torva oficiante de los maitines del cementerio,
hosca agorera de negros filtros y hados malditos,
que de las ciencias astrologales libó el misterio,
baja y exhala tus rudas notas en mis altares
mientras celebro la negra misa de mis pesares.

Ave siniestra, muda sibila, sobria vidente,
si es que vislumbras la metafísica de la Vida
en lo ominoso que hay en las páginas nocturnales,
vierte los rayos de tu mirada despavorida
en los difíciles pergaminos de mis infolios
para que brillen con la luz sabia de los escolios.

Ave maldita, letal poema, trágico heraldo,
que con la estrofa que hay en tu enfermo grito elegiano
el grave paso de la extenuante, fúnebre Atropos
vas pregonando como un rapsoda baudelairiano,
cuando la musa de los horrores honda me inspira,
baja á posarte dolientemente junto á mi lira.

Ave silente, que de la altura ves las insomnes
almas que vagan en soliloquios por los derruidos,
tristes castillos de la Quimera, cuando te elevas
buscando el beso de los celestes mundos dormidos,
dame el secreto de los dominios donde te escalas,
préstame el remo de negras plumas que hay en tus alas.

Ave nocturna! siempre velando las agonías,
siempre en el duelo se hallan y hermanan nuestros destinos,
ven fiel amiga! ven que en las noches de mis insomnios
quiero ofrecerte mis dolorosos, íntimos trinos,
para que en cambio tú te detengas, cuando yo muera,
fraternalmente sobre mi lúgubre calavera.

Montevideo, 1903.

EN LA GREVA

El rigor de tus desdenes
inyecta sombras en las arterias dc mi vida.

Me allegué á tus jardines, palpitando
el corazón pletórico de ensueño.
Pensaba que pudiera scr tu dueño,
en un lirismo deliquioso y blando.

Fué al invocar tus dulces ojos cuando
mortalmente me hirió tu cruel desdeño,
sintiendo los horrores del despeño
del Alcázar de luz que iba soñando.

Un glacial beso de mentido labio
ungió mi ser de pavoroso agravio.
Busqué en torno la efigie de un consuelo

para estrecharla en un supremo abrazo
y ví al undoso mar, con terco anhelo
llamándome á su lánguido regazo.

Montevideo, 1903.

BARCAROLA

Ven que el mar está dormido
como un gladiador rendido.
Sus temblores fulgurantes serán las plácidas odas
que celebren nuestras bodas.
Con ricos velos y smirnas haré un tálamo en la barca
donde arrullaré tus sueños con los cantos de Petrarca.
Con caricias y con besos embelesaré tus horas
y sabré encender las luces con que alumbras tus auroras.
Las náyades te darán sus aderezos de espuma
y los ajuares de gasa con que las viste la bruma.

Ven, que ya miles de estrellas, como pupilas curiosas,
acechan desde la altura nuestras horas amorosas.
Ven, y así las taciturnas sirenas no entonarán
el gemir de sus endechas y si vienes no serán
los erizados halcones de mirar hosco y siniestro
los que protejan mi estro;
con luz anémica y rara no vendrán tristes luceros
á alumbrar mis derroteros
y no elevarán las olas
sus fúnebres barcarolas;
tú serás la sabia brújula que sabrá orientar el remo
á un feliz puerto supremo
y en su playa, con la luz de tu pupila hechicera,
elevaré los palacios para albergar la Quimera.

Buenos Aires, 1904.

CRUELES ABISMOS

La extraña psicología de tu pupila profunda
revela el ansia febril que agita tu acerba mente,
traiciona la amarga pena de tu alma moribunda
y traduce la tortura de tu corazón doliente.

¡Oh las Estigias medrosas de tus pupilas sombrías!
donde un Lohengrin de duelos glisa su cisne de noche,
donde trágicas ofelias ahogaron sus alegrías
y donde atónitos lirios abrieron su negro broche.

¡Oh las lámparas insomnes de tus pupilas radiosas!
en las que luces letales soberbiamente flamean
y á cuyo torno las negras, exóticas mariposas
como ante fúnebres cirios somnolientas parpadean.

¡Oh los dantescos abismos de tus absortas pupilas!
en cuyo fondo se aduerme la obsecación de un delirio
y á cuyo torno renacen las pasionarias y lilas
con que Atropos amortaja las víctimas del martirio.

¡Oh los cálices amargos de tus pupilas videntes!
donde se inmola tu psiquis como una hostia de duelo,
en donde vierten su sangre tus ilusiones murientes
y adonde confraternizan las almas de triste vuelo.

¡Oh los negros plenilunios de tus pupilas serenas!
imposibles plenilunios de las noches tenebrosas
en que rugen las gargantas la acerbitud de las penas
y los espíritus bajan á gemir sobre las fosas.

¡Oh tus pupilas siniestras! ¡Oh esos lotus funerarios!
¡Oh esos présagos malditos! donde conjuran la suerte,
cual en corolas letíferas brotadas en los osarios,
las fatídicas visiones engendradas por la Muerte.

¡Oh las protervas estrofas de tus pupilas nocturnas!
donde se leen las horrendas metáforas de un poema
en que desfilan las almas hondamente taciturnas
con las frentes circuídas por tenebrosa diadema.

Bajo la hipnótica fuerza de tus pupilas videntes,
adonde confratenizan las almas de triste vuelo,
como dos clavos punzantes siento los rayos hirientes
conque ellas me crucifican sobre un Calvario de duelo.

Buenos Aires 1904.

CIRIOS

Para Héctor Miranda

Encarnación cristiana de simbólico lirio
es en las tiernas manos
del ángel poseído por místico delirio
que recogiendo el vuelo de su ala tendida,
para abreviar las ansias de su alma sedienta,
en los bordes de un cáliz liba un néctar de vida.

Ardiendo ante las puertas del beático sagrario,
do llegan los fervores
en brazos del espíritu que esfuma el incensario,
es la virtud primera de las tres teologales,
y es su llama la llama que alienta las almas
en los sacros amores de divinos ideales

Sobre el ara en que inmola el apóstol la idea
y el poeta sus sueños,
es la antorcha radiosa de la psiquis que crea,
es estático faro que derrama fulgores
sobre el piélago umbrío donde bogan inciertos
los hijos de la Vida llorando sus dolores.

Y ante el lúgubre féretro, donde en yerto reposo
la existencia termina,
es la imagen solemne del dolor silencioso,
y es su luz mortecina una lágrima ardiente
que surgió del averno que encendiera la Parca
en el lóbrego pecho del amargo doliente.

Montevideo, 1902.

ENIGMA

Para Eduardo Diez de Medina

Como un ave dolorida
que gimiera reclinada sobre el ala,
inclinaba con desidia la cabeza sobre el hombro,
abatida por los duelos
que tocaban en su mente á funerala.

Con promesas ofrecidas
en las piras de mis férvidos amores
y con ósculos ungidos con los oleos del consuelo
intenté alejar las sombras
que arrojaran en su frente los dolores.

. . . .

Cual dos gotas irisadas
que resbalan por la pana de albo lirio,
por el raso amarillento de sus mórbidas mejillas
resbalaron dos diamantes:
ígneos hijos de su tétrico martirio.

Y cual notas desmayadas
en que mueren los temblores de un *piano*
en su pecho—templo oscuro de lo triste de sus penas—
murmuraron los suspiros
todo el duelo silencioso de su arcano.

. . . .

Ni el temor á mis enojos,
ni la ciencia desplegada por mi ruego
arrancaron el secreto de la causa de su llanto.
En su pecho gemebundo
parecía que extinguido estaba el fuego.

Abatida por las penas
que tocaban en su mente á funerala
inclinaba con desidia la cabeza sobre el hombro,
como un ave dolorida
que gimiera reclinada sobre el ala.

Montevideo, 1903.

AMATISTAS

AMATISTA

Para Ernestina Méndez Reissig

¡Oh! tú gentil iniciada que templas tu ingenua lira
al diapasón elegiano
del dulce violín que espira
ó en el del canto doliente del cisne del Eridano.

Exánime pasionaria nacida al ósculo enfermo
de la pálida Latona,
tú que con flores del yermo
tejes las mustias guirnaldas con que formas tu corona.

Y en los desmayados pétalos de los moribundos lirios
con la sangre de las lilas,
cuentas tus dulces martirios
mientras en sus tristes cálices caen tus lágrimas tranquilas.

Deja que ofrezca á tu escudo, como simbólica gema,
una amatista arrancada
al hierro de la diadema
exótica y misteriosa de mi alma lacerada.

En sus lívidas facetas tiemblan los dramas sombríos
que en las noches de dolores,
con fúnebres atavíos,
recita la Vida en hondos, tragicómicos horrores.

Lleva en sus tintes violaceos el hábito que el Destino
viste para celebrar,
como torvo sibilino,
el funeral de las dichas sobre tenebroso altar.

Y en sus sangrientos cambiantes fulgen las irisaciones
de rojas gotas vertidas
por los tristes corazones,
cuando las penas ahondan las incurables heridas.

Exánime pasionaria nacida al ósculo enfermo
de la pálida Latona,
tú que con flores del yermo
tejes las mustias guirnaldas con que formas tu corona,

Acepta para tu escudo, como simbólica gema,
esa amatista arrancada
al hierro de la diadema
exótica y misteriosa de mi alma lacerada.

Montevideo, 1903.

LILAS

Ilustrando un ensueño de Beethoven,
cruzaste cautelosa como una
alba cisnesa perfumada y joven
que acudiera á un coloquio con la luna.

Fué cuando en mi lirismo noctivago
deslumbraron tus nieves mis pupilas,
y al nevar sus corimbos sobre el lago,
dijeron tu inocencia níveas lilas.

Con tu cauda ducal de rica blonda
sobre el traje de rosea muselina,
de mi drama de amor bajo la fronda
luego fuiste la férvida heroína.

Llenaste mi universo de embelesos,
cual la aurora posándose en las cosas,
y al inmolar el fuego de tus besos
llovieron en las sendas lilas rosas.

Bajo el dosel hilaceo de una tarde
fatal en que otoñábase el estío,
con una escusa efímera y cobarde
dictaste la crueldad de tu desvío.

Despues, al evocarte en los maitines
de mis horas solemnes y tranquilas,
sobre la soledad de mis jardines
lloraron tristemente lilas lilas.

Montevideo, 1905.

EL ABRAZO DEL CONSUELO

¡ Oh tarde tu recuerdo
aún me consuela !

Convalecía de un dolor. En tanto
que la fanfarria de tu linda risa
daba su gama á la tremante brisa,
mi espíritu vertía largo llanto.

¡ Oh mi amada ! le hubiera dado espanto
á tu alma de ingenua pitonisa
si en esa hora dolorosa frisa
el dintel de mi mudo desencanto.

Fué luego, la inconciencia de tu labio
y tus caricias, un consuelo sabio,
pues al hallarme en nuestro abrazo unidos,

junto con la campana del convento
que acompasó el jardín con sus latidos,
sentí que agonizaba el sufrimiento.

Mendoza, 1904.

HISTERIA CREPUSCULAR

Para Maria E. Vaz Ferreira

> **Y una lila diluída en el ambiente**
> **hacía lánguida el alma de la tarde,**
> **llenaba de histeria aquel crepúsculo.**

En un banco del fondo del camino,
que una lila glisina protegía
cual dosel de capricho bizantino,
la ví sufrir su cruel melancolía.

Era lila su traje de hilo fino,
una lila sus ojos envolvía,
también lila el sudario vespertino
que ofuscaba la luz en su agonía.

Psiquis, mirando el languidente drama
que alumbró escaso aquella lila llama,
sintió nostalgia de pasadas horas.

Brotó entonces histérica gardenia,
y embriagando las ansias soñadoras
fatalmente imperó la neurastenia.

Montevideo, 1902.

LA AGONÍA DEL ÁRBOL

—

Para Alberto Nin Frias

Como un púgil rendido sobre aplanada liza,
cabe el sendero, un árbol tendido se divisa.

Despues de haber sufrido las furias de la racha
cayó á los golpes rudos de la inflexible hacha.

El destrozado encaje que formó su atavío
tiembla al beso del viento cual si tuviera frío.

Del fruto precursoras ya no dará mas flores;
ni abrigará los nidos de gorgeados amores.

Las ramas á lo alto, como brazos tendidos,
parecen que imploraran en medio de quejidos.

Y mil aves en torno sollozan su canción,
cual tristes Jeremías que evocaran á Sión.

Cerca á ese moribundo que empiezan ya á envolver
las visiones macabras que soñó Baudelaire,

recita Lamartine su vaga melodía
al alma saturándola de honda melancolía

y Ariel sobre sus alas de trasparente gasa
siente la caricia de una sombra que pasa.

Montevídeo, 1903.

ANÉMONA

In memoriam M. C. M.

Por la senda inicial del valle amigo
que aureaba el sol y la vecina espiga,
donde el verano se alegró contigo,
fuí á amortiguar mi duelo y mi fatiga.

Como el ósculo cándido del niño
me fué la brisa que sahumó el herbaje
y una caricia femenil de armiño
la conjunción del familiar paisaje.

Fué así que, en el vagar de un inconciente,
llegué á la fronda del jardín contiguo,
donde se pronunciara vagamente,
el dardo agudo de un dolor antiguo.

Pegando como en vítrea pandereta,
con piroctenias y uniforme prisa,
la fuente solfeaba en la pileta
una infantil ý convulsiva risa.

Entre el fruto chillón de los cerezos
que alegres picoteaban los gorriones,
velozmente oí hablar de unos traviesos
labios sabios en besos juguetones.

La fresca huella de ínfima botina
que imprimiera en la senda una chicuela,
me habló de una graciosa parlanchina
festejando su vuelta de la escuela.

Entre las mieses asomando unas
cabecitas ondeadas me dijeron
de otras sortijas gráciles y brunas
que alguna vez mis dedos deshicieron.

Y ví de nuevo en el redil adonde
Ruth cantaba sus cuitas á la rueca,
un cordero que viera no sé donde
al lado de una pálida muñeca.

Y el palomar que pertinaz gemía
la nota de un profundo desconsuelo,
como en sueños perdidos me decía
de un llanto que pidiera un caramelo.

Risa y dolor había en el detalle
y había mucha sombra en el conjunto,
pues si era alegre como un niño el valle
lo asustaba un fantasma cejijunto.

Entonces pregunté: ¿porqué estoy triste?
y el recuerdo, ese mágico Aladino,
me contestó: "porque ella ya no existe
para correr contigo en el camino".

Mi mas asidua lágrima: tu hermana,
pues que es en mí tu eterna compañía,
brotó como una anémona elegiana
anegando la tarde de aquel día.

Montevideo, 1904.

PENTAGRAMA SOMBRÍO

Para Raúl Montero Bustamante

La nota moribunda
que en el sacro silencio de los templos se apaga,
el ignorado lirio
que en el rincón oculto de la selva desmaya,
las lágrimas secretas
que en la febril mejilla del doliente resbalan,
la trajedia sombría
que Pierrot disimula en hondas carcajadas,
la tortura angustiosa
que parece sufriera la agonizante llama,

la taciturna ola
que blandamente muere en las playas lejanas,
la nostalgia tranquila
que padece en las tardes la brumosa campaña,
las virtudes secretas
de las celdas del claustro donde á Cristo se alaba,
las mórbidas sonrisas
de ias testas que sueñas fantasías macabras,
la sutil mariposa
que fenece distante de las rosas que amara,
el discreto suspiro
con que el pecho se alivia de las penas que guarda,
el lóbrego poema
que inspirara la estrofa sutil y desmayada,
la hoja amarillenta
con que el Otoño forma sus rondas y sus danzas,
la rapsodia celeste
que al expirar el cisne dulcemente desgrana,
el doliente quejido
que la torcaz herida solloza bajo el ala,
los insomnios febriles

de los lechos enfermos, de las noches ingratas
y las penas profundas
de los seres que solos sufren suertes aciagas,
son las notas serenas
que forman las perennes sonatas de mi alma.

Montevideo, 1903.

TRAS EL VELO

Para Isabel Peltzer

Tras el velo de los duelos ví la aurora
de sus ojos,
tras el velo de los duelos
ví los signos del alegro de su risa
que asomaban como azahares opalinos
derramados en la copa
de sus frescos labios rojos.

Tras el velo de los duelos ví los rayos
de su blonda cabellera que irradiaba
como un astro de luz oro;

ví la nácar rosalina de la seda de su cutis
—flor de raso do el oriente de las perlas
fué vertido en dulce lloro—

Era un hada que investida de corales,
rubios pámpanos y espumas
se ocultaba entre las algas que los duelos engendraran,
un topacio iuminoso
que nacido para el cetro de algún mago
los caprichos de un conjuro
con el velo de las sombras cobijaran.

Su alba mano corrió el velo de los duelos,
corrió el velo tenebroso
y hubo fúlgida apoteosis de santuario,
hubo angélicas visiones del Empíreo,
surgió el humo de la mirra de alabanzas
y vibró un himno grandioso para el noble,
para el deífico estatuario.

Y el murmullo candoroso de su frase,
como el cántico rapsódico del arpa
con que arrullan los ángeles sus sueños,
fué tejiendo dulcemente
el tul rosa de los célicos ensueños.

Y cruzaron por el cielo los canoros ruiseñores,
y pasaron en un séquito divino
los esclavos y los pajes y los príncipes ideales
en escolta y alabanza del pontífice Destino.

. . . .

Y la luna fué una trágica asomando tras las nubes,
sobre un foro de negruras,
y anunció plácida noche en un lánguido monólogo
de pálidas alburas.

Y veló el doliente velo nuevamente
la alborada de sus ojos
y veló el doliente velo nuevamente

las alegres blancas notas del alegro de su risa
que asomaban como azahares derramados
en el cáliz de sus frescos labios rojos.

E internándose en la senda de la larga carretera
que la tibia noche hacía
antro lleno de tristeza y de misterio,
se esfumó como una estrella regia y magna
que en el cósmico Infinito se perdiera.

Y de entonces, cuando asoman los luceros soberanos
titilando sus poemas luminosos en el cielo,
les pregunto por la estrella regia y magna,
por el hada que investida de corales,
rubios pámpanos y espumas
se ocultaba tras el velo de los duelos, tras el velo.

Buenos Aires, 1904.

FACETAS

Para Eduardo L. Moreno

Trivializando las preciosas horas,
cautiva en su albornoz de cibelina,
vá Clotilde fingiendo en su berlina
altiveces de Dianas triunfadoras.

¡Pero cuanta insipiencia, cuanto frío
bajo su aristocrática armadura!
su molicie tan solo le procura
el tóxico enervante del hastío.

Por la acera, en cuadriga revoltosa,
condecorada por bermejas flores,
con traje de zarazas de colores,
locuaz de los talleres vuelve Rosa.

Refiere á sus lozanas compañeras,
como ella de alegría exuberantes,
llena de picardías las amantes
historias que realizan sus quimeras.

Y sobre ambas facetas de la Vida
irisando su luz, en el lejano
confín en que termina la avenida
se hunde el sol como un viejo soberano
que entregara su púrpura y su oro
al abdicar su reino y su tesoro.

Buenos Aires 1904.

EN EL JARDÍN DEL CLAUSTRO

Para Julio Lerena Juanicó

Rosa! Diosa olímpica, armoniosa
maravilla, rosa, ofrenda singular
de Cloris á la Natura,
condecoración de altar,
soberbia emperatriz, clásica rosa,
superlativa perfección y pura
joya oriental de misteriosa
y sabia arquitectura!

Rosa! Estrofa lírica, donosa
decoración de harem, tibor de mieles,
regia ánfora aromosa,
salmo de *mater vigorosa,*
piedra de celos de lienzos y cinceles,
llama en forma de flor,
estrella de purpureos oropeles,
alma del beso de ígnea zulamita
ó boca de cinabrio en que se agita
parábola de amor.

Mística y lujuriosa, reina rosa,
maga de metafísicos beleños,
hada de la contemplación,
álgido grito de pasión,
fecundatriz de líricos ensueños,
fué como tú también esplendorosa,
lozana como tú fué mi ilusión.

. . . .

Un hálito sortílego y maldito
glisó en la rosa
su caricia y la fastosa
rosa se desfloró en un fortuito
llanto de pétalos color de rosa.

En un zigzag de duelo tembló el huerto,
su viudez prematura lloró un ave
y en el camino lívido y desierto
rezó el silencio un *de profundis* grave.

. . . .

Y así cuando el hesiótero llegando
á la vuelta lejana
del sendero se volvió lentamente,
contemplando
el huérfano rosal languidamente,
con tristeza infinita exclamó: hermana!

Buenos Aires, 1904.

DELECTACIÓN AMOROSA

Tu sais, toi seule, que c'est pour toi.

Cuando llegue aquel entonces que realice las quimeras
que acarician nuestros íntimos, dulces coloquios de amor,
volverán para nosotros aquellas ingenuas eras
en que hablaba en tiernas rimas á las bellas el pastor.

Tendrán las cosas normales un encanto sobrehumano,
nos parecerá que todo ha sido creado recién,
surgirá luz al contacto de tu sortílega mano
y todo estará dispuesto para la dicha y el bien.

Y ¡oh! el crepúsculo en el huerto que forjaron mis delirios
para decirte mis versos y para enseñarte á amar,
donde olvidaremos tantos, tantos pasados martirios
contemplando lo solemne de los valles y del mar.

En el espejo del lago — porque también habrá un lago —
como en los viejos poemas, en amoroso sentir
miraremos nuestros rostros y en ingenuo y dulce halago
nuestros labios beberán de su plácido elixir.

Cuando en los ecos lejanos hablen recuerdos añejos,
como espíritus surgidos en la vesperal quietud,
y los labriegos desfilen en silenciosos cortejos
nuestras pupilas serenas hablarán de beatitud.

Y cuando el sol moribundo consuma su última llama
impregnando de misterio y de poesía el jardín,
seremos felices sombras de aquel romántico drama,
en la férvida y tranquila vuelta á nuestro camarín.

Por alamedas de acacias volveremos lentamente,
tomados por la cintura, desmayados de pasión,
tu cabeza sobre mi hombro, la mía sobre tu frente,
mientras los labios murmuran promesas del corazón.

Montevideo, 1905.

TRAMONTO

Para Manolo Lessa Salterain

En el prado se aduermen las hilaceas visiones
esfumando las curvas de sus perfiles vagos
y pueblan el ambiente los espíritus magos
en éxtasis inciertos de etéreas soñaciones.

Indolente exorcista habla de inspiraciones
tristes en las orillas de los brumosos lagos
y en la unción del misterio de oscuros noctivagos
los graves montes dicen de mudas oraciones

Aciaga confidencia solemnemente vierte
la tarde cabe el alma de una pastora inerte
á quien como á una santa, con ascéticos velos

y desmayados nimbos, el *tramonto* corona.
Mientras, la amarga antífona de un áncora de duelos
el trémulo rebaño por los valles pregona.

Buenos Aires, 1904.

ASCÉTICA

Como un rezo murmurante se levanta desde el coro
inundando el oratorio de una mística expresión,
del harmonium se desprende un laudate que es un lloro
mientras van del incensario surgiendo nubes de oro
y formando la apoteosis de una ascética visión.

Sor Cristina tras la reja se divisa arrodillada,
es un lirio inmaculado en su clámide de albor,
en el Cristo de las llagas ha prendido la mirada
y las horas tras las horas permanece extasiada
totalmente poseída de beatífico estupor.

Por su frente se derraman las enfermas radiaciones
de los cirios que acompañan su oración ante el altar,
por sus manos se deslizan los benditos eslabones
mientras brota de sus labios — alhajero de oraciones —
la plegaria con que exhorta reverente á perdonar.

. . . .

Sones de arpas celestiales en su alma se deslíen
mientras sueña en la sonrisa de aquel mártir de la Cruz,
que ha ordenado á serafines que con alas la atavíen
y á los castos querubines y á los ángeles la guíen
por senderos alumbrados con los rayos de su luz.

. . . .

Calló el rezo murmurante que se alzaba desde el coro
inundando el oratorio de una mística expresión;
ha cesado del harmonium el laudate que era un lloro;
del litúrgico incensario ya no surgen nubes de oro,
pero aun sigue Sor Cristina contemplando su visión.

Montevideo, 1904.

LILIAL

Para Ricardo Casaravilla

Y volvieron los lirios, los amigos
de mis horas de lírica tristeza,
á exornar con sus pétalos de espuma
el jarrón decadente de mi mesa.

Almas tibias de tenues resplandores
son mis albos, ingenuos confidentes
que me brindan un lánguido consuelo
en sus místicas bocas trasparentes

Había huído con ellos la caricia
de nostálgica, artística quimera
que agoniza en mi espíritu en invierno
y como ellos renace en primavera.

En las sahumadas copas de sus cálices
libaré las brumosas soñaciones
que robaron al valle en que nacieron
á la luz de lunares reflexiones.

Y á mi amada — una nórdica princesa —
con la historia sin fin de mis delirios,
le diré en madrigales los secretos
de sus hermanos pálidos los lirios.

Y sabrá que esos príncipes de seda
son la causa inocente de los celos
de las querubeas y fulgentes alas
que pueblan el reinado de los cielos;

que el alma de esos símbolos pristinos
confraterniza con las de esas flores
vírgenes que se esfuman en las celdas
auroleadas de ascéticos amores;

que esos niveos, eglógicos suspiros
que exalan las somníferas lagunas,
poematizan los cándidos encantos
de las blancas leyendas de las cunas;

que en esas melancólicas estrofas
impresas en alburas de alabastros,
anidan los noctámbulos lirismos
de las delectaciones de los astros.

Y sabrá que esos diáfanos poetas
guardan en sus corolas virginales
la historia de mis besos en su frente
y el poema de nuestros esponsales.

Buenos Aires, 1904.

DEL MISMO JOYEL



INSCRIPCIÓN

Para el pedestal de Guido

Brotó una arteria límpida de la Castalia fuente
cabe el friso marmoreo de este plinto sagrado,
en cuyo licor fresco de alígera corriente
baña sus blancas alas el cisne enamorado.

Surge á su paso diáfano la lírica eglatina.
La mítica faunesa de irreprochable linea
busca, para mirarse, su claridad hialina
donde la irisa el rayo de la luz apolinea.

Se templa á sus rumores el sírinx melodioso
que deleitó las ninfas de la antigua Melpea
y se convierte el llanto del canto lacrimoso
en buriladas glosas de suave melopea.

A sus ceruleas aguas sahuman los laureles
que dieron las diademas al bardo sibarita
y su tesoro aumentan las perlas que los fieles
juntaron para exorno del cuello de Afrodita.

¿Al golpe de la vara de que Moisés sapiente
este raudal surgiera? ¿de que bloque de Gnido?
Fué de su alma armoniosa que arrancó la vertiente
con su plectro de luces el ateniense Guido.

Montevideo, 1905.

HERÁLDICA GALANTE

—

Más que todos los nobles atributos:
regios astros y heráldicos leones,
principescas coronas y ducales
fortalezas y palmas que pudiera
con orgullo acuñar en mis blasones,
lustraría mi estirpe soberana
si por el fuego de tu labio impreso
fuera, sobre el azur de mis quimeras
el lys de gules de tu amante beso.

Buenos Aires, 1904.

SONATA NOCTURNAL

Para Juan Zorrilla de San Martin

"La luna color de perla enferma,
deja caer sus rayos en la montaña yerma
y las visiones cruzan en pálido tropel."
LEOPOLDO DIAZ

¡Oh alma de aquella noche
hermana de mi alma!
Y. M.

Bajo la cóncava landa
de sutil azul divino,
abre su zaimí opalino
Tanit la nócturna blanda.
Es como un velo de Irlanda
hecho de uranos y sirios
para abrigar los delirios
de virginal hermosura
cuya alma diáfana y pura
nació con la de los lirios.

Como etéreos madrigales
las insomnes mariposas
vagando sobre las rosas,
cual en vasos irreales,
liban mieles festivales
mientras las aves nocturnas,
como sombras taciturnas,
van huérfanas de alegría
á graznar una elegía
sobre las pálidas urnas.

Flota un ambiente de bodas
para las almas sutiles.
Alcobas son los pensiles,
nupciales ramos son todas
las matas, fervientes odas
son los amantes latidos
de los poemáticos nidos
y son tálamos de blonda
los encajes de la fronda
lánguidamente prendidos.

Mientras surge una añoranza,
unos inciertos nebales
dulces perlas musicales
desgranan en lontananza,
á las que en tenue bonanza
van los etéreos violines
repitiendo á los confines
ya como alegres canciones
de irisadas ilusiones,
ya como tristes maitines.

Aparece por el sur,
como el *si* de la *serata,*
Venus: un lirio de plata
sobre una égida de azur.
Y como pálido augur
de trasparentes quimeras,
por las linfas placenteras
un albo esquife resbala,
como una plácida ala,
con destino á mis riberas.

Se vé en el valle dormido
una mínima ignescencia
que brilla con la indolencia
de antiguo amor extinguido.
Es que al ventanal derruído
se asoma el trémulo fuego
de zarzas con que el labriego
ilumina su vivienda
donde una antigua leyenda
cuenta el abuelito ciego.

Vaga el alma de Musset,
como alada sensitiva,
por la mustia y pensativa
selva que lejos se vé.
Como el bardo de la fé,
de su pio antifonario,
recitando el campanario
la solemne *Ave Maria*,
unge de melancolía
la amplitud del escenario.

Sonámbula por los rastros,
como en una égloga albina,
vá una virgen campesina
dialogando con los astros.
Sus eburneos alabastros
ténuemente iluminados,
son himnos alucinados
del cincel de Praxiteles.
Al verla, briosos lebreles
la anuncian convulsionados.

Es el espectro de antaño
el castillo solariego
al que un duende palaciego
hace mas triste y huraño.
Semeja un viejo ermitaño
la gruta del surtidor
y bebiendo su licor
dos cisnes plácidamente
se deslizan en la fuente
como una visión de amor.

Huérfana de su silueta
está la afiligranada,
tibiamente perfumada
pagoda de su glorieta.
En mi espectativa inquieta
busco un atrevido espía
y augurando una falsía,
cabe la altura, sorprendo
la blanca luna sonriendo,
como una amarga ironía.

Colonia, 1904.

ANTÍFONAS

—

Para Ernesto M. Barreda

Amablemente bella como para modelo
de una Diana egipcial.
Es una ninfa helena
que envolvió la Tebaida con el tostado velo
del Kamón oriental.
Toda es de gracia llena
como una ingenua virgen coronada con rosas
del valle Jericó.
Hay sombras luminosas
en la negra eficacia de sus absortos ojos
que un conjuro encendió.

Y sus tenues sonrojos
hablan de las auroras que copian los esmaltes
prolijos de Bacú.
De negros gerifaltes
dice su cabellera que sueña con el loto
y el manto de tisú.
Hay el grito indevoto
de los cuadros moriscos en el rico granado
de su labio español.
El lírico iniciado
la celebra con salmos de sus sacros misales
en áureo facistol.
Las rubias espirales
de áulicos pebeteros suben, para besarla,
las gradas de su altar.
Pugnan por abrazarla
las perlas en la espuma y envolverla en el baño
con soberbio collar.
Un espíritu extraño
de sonámbulas arpas y ensueñados violines
arrullan su dormir.

En galantes festines
las ánforas de Eros, en su vaso de ónix
escancian elixir.
Triclinios de sardónix,
celebrando sus dogmas, le ofrecen sus devotos
con íntimo fervor.
Y los floridos votos
marcan en su eucologio sus leyendas de amor.

Buenos Aires, 1904.

IMPRONTU

Para César Miranda

Bajo el imperio de Shubert

Es carnaval. Venecia celebra la presencia
de Momo con fanfarrias y clásico esplendor.
Va ebrio de alegrías y de fosforescencia
el corso de las góndolas por el Canal Mayor.

El corso que en farándula las máscaras complican
ante el lumineo frente del palacio ducal
al que como en ensueño funámbulo duplican
las astríferas aguas del trémulo cristal.

El palacio congrega soberbia aristocracia
en suntuosa y alegre tertulia de disfraz.
A su ambiente electrizan el flirt gentil, la gracia
y la pupila experta que yende el antifaz.

Pierrot lleva del brazo diabólica marquesa
que sabe todo el arte del alma de Trianón
y de su filtro mágico con magistral destreza
destila amante elíxir que embriaga el corazón.

El diálogo es galante, la frase intencionada.
Parecen dos rivales ques van tras lo sutil.
Coqueta la marquesa: "¿Que ninfa afortunada
será la que conquiste tu torre de marfil?"

Pierrot pasionalmente: "Soñaron mis secretos
con una aristocrática peluca dé algodón."
—La marquesa artificia, con mohines discretos
y miradas ingenuas, profunda distracción—

Pierrot: "¿Como podría ser dueño de esa rosa
que adorna tu corpiño y ornara tu jardín?"
Risueña la marquesa: "Lucidla primorosa
como trofeo amante sobre el camisolín."

La orquesta se extasía con un trivial motivo.
Pierrot y la marquesa ensayan un minué
y al par que van bailando asómase furtivo,
Amor tras las pupilas y bajo el raso un pié.

Polícromas comparsas de máscaras locuaces
entrando en los salones separan á los dos,
ahogan con sus gritos los rítmicos compases
mientras Pierrot se aflije de la marquesa en pos.

Pierrot llama á su amada con íntima congoja
y solo le contestan los llantos del violín.
La flor que ella le diera desmaya y se deshoja
dejando roja mancha sobre el camisolín.

Allá por la escalera, maligna carcajada
exhala la marquesa que huyera del salón.
¡A Pierrot el ingenuo, la espina emponzoñada
de la rosa le había punzado el corazón!

Montevideo, 1903.

LIBACIÓN

¡Oh mi pálida Hermione!
nuestro camarín tu ausencia
llora nostálgicamente.
Ven, que lo hará tu presencia
el sacro templo de Gnido.
¿No percibes como anuncia
la clepsidra de Cupido,
con sonidos palpitantes,
la hora de los coloquios
para las almas amantes?

Ven, y en honor de la Diosa
libaremos mutuamente
nuestras almas en un beso
y será ese ósculo ardiente,
como el acorde armonioso
á cuyo ritmo se enlazen
nuestros seres en grandioso
lazo de íntima alegría
en un mundo que no pudo
violar la Filosofía.

Como el rimado vuelo
de dos palomas albinas
inmoladas en el orlo
de las aras venusinas,
se elevará hasta la Diosa
nuestro beso y hará en pago
su gracia omnipoderosa
que á nuestras vidas en flor
alumbre perennemente
un pentecostés de amor.

Montevideo, 1902.

DE RONDA

Al pié de su balcón

Brisa tenue, blanda y breve que al templo de Cloris entras
y á su esmaltado incensario
— de perfumes relicario —
robas la regia fragancia en tus etéreas volutas,
aquí, en este altar bendito,
derrama el pomo exquisito.

Onda vaga, onda vaga en que una suave armonía
se mece, canta, sonríe,
en que un ensueño deslíe
las rapsodias inspiradas en poemas de aleteos,
en este puerto querido
deja tu beso prendido.

Luz de sol, clámide gualda que inviste el poder divino,
hechicera de fulgores
que en tu senda engendras flores,
amada de las pupilas que en iris surges del prisma,
aquí recita tu canto
de sílabas de amaranto.

¡Oh! vosotras avecillas que buscais en la carcoma
de los añejos aleros
do esconder los alhajeros
que han de contener las perlas que alaban vuestros cantares,
colgadlos en el festón,
de este labrado balcón.

Sonámbula de los cielos que le escuchas á Pierrot
su llorada melodía
con sonrisas de ironía,
lánguida sacerdotiza de mil nupcias ignoradas,
prende en estas columnatas
tus níveas escalinatas.

Trepadora, trepadora que en voluptuosos ondeos,
obsedida por la altura,
despreciando la llanura,
escalas como el pilluelo por sus heridas el muro,
dile á tu rama que teja
un encaje en esta reja.

Ninfas, sirenas y náyades, ángeles y ebúrneas diosas
que vais en grata rondalla,
como tejiendo una malla
de tules, gasas y flores, alas, perlas y corales,
venid aquí en esa ronda
á sujetar esa blonda.

Y yo el alma, fé, alegría, corazón, sueños, suspiros
y sonatas celestiales
en que rimo mis ideales
— todo ese conjunto armónico que es la vida de mi vida —
te dejo aquí, en tus balcones,
emperatriz de ilusiones.

Montevideo, 1905.

COLLAR DE VENUS

(HOJAS DE ALBUM)

« El collar de la Diosa
tenía siete hilos de perlas »

PIERRE LOUYS.

OFRENDAS

Para Queta Lessa.

Luminosas mariposas que en el éter suspendidas
van siguiendo la cadencia de las notas emitidas
por un ave que modula un nocturno celestial,
fantasías gaditanas
y el fulgor de las mañanas
á tus ojos que iluminan tu sonrisa espiritual.

El aroma que ante el trono de Pomona dan las fresas,
la brillante lozanía que reviste las cerezas,
los rubíes más soberbios del olímpico joyel
y la sangre de las rosas,
de las rosas primorosas,
á tus labios donde nace la ambrosía de la miel.

Los pinceles hechiceros de las damas berberiscas,
sombras ocres perfumadas con que sueñan las moriscas,
bruma rosa desprendida del empírico crisol,
tenue polvo de alabastro
y los cambiantes de un astro
á tu tez que levemente fué rimada con el sol.

Las diademas recamadas de las vírgenes icónicas,
blandas palmas de asfodelo que tejieran manos jónicas
y albas gasas descendidas del país del leve azul
á tu oscura cabellera
que formara una hechicera
deshilando los tejidos de su regio y magno tul.

EN TU BÚCARO

Para María Helena Rincón

En tu búcaro que iguala,
con su euritmia primorosa,
el prodigio de elegancia de tu talle languidente,
luce el rubio crisantemo
que es de tu áurea cabellera
un hermano que como ella se desmaya dulcemente;

Y se admira la frescura
de la pálida magnolia
con que rima de tu cútiz la lumínea iridescencia,
pero más se admira el lirio
virginal que es de tu alma
el emblema, con sus galas de argentina trasparencia.

ACUÑACIÓN

Para Emma Robelo Nebel

Con el oro mas electo de la veta mas luciente,
cabe el relieve impecable donde nítida esculpiera
un artífice tu efigie de egregia reina esplendente,
acuñara una medalla de forma ática y severa.

Y orlándola de carbunclos, negras perlas y rubies,
como mirífica ofrenda votiva, la ofrecería
para clausurar el albo ceñidor que las huríes
tejieron con frescas rosas para el talle de Harmonía.

SCHERZO

Para María Amelia de Tezanos

Luces, flores, aleteos, aleteos, regias flores,
astros, odas, armonías, nocturnos de ruiseñores,
sueños de hadas
celestiales,
eso dicen las miradas,
eso dicen las miradas de tus ojos tropicales.

Nidos, guindas, alegrías, alegrías, ricas guindas,
perlas, nácares y ópalos, rosas lozanas y lindas,
ritmo, arpegio
que la brisa
repite en un salmo regio,
eso dicen los cambiantes de las arias de tu risa.

Palmas, visiones, ensueños, ensueños, tiernas visiones,
ángeles, diosas, fulgores, víctimas, triunfos, pasiones,
sol, delirios,
blando raso
por donde cruzan los lirios
es lo que evocas altiva tras el ritmo de tu paso.

EVOCACIONES

Para Pepita Moratorio Lerena

Gentil en la discreta aristocracia
que á tu silueta la elegancia dió,
evocas la galante diplomacia
de las bellas princesas de Watteau.

Del Watteau constelado de diamantes,
de *paniers* y de níveas cabelleras,
marcado con lunares fascinantes
en la cronología de las eras.

Con la gracia infantil de tus mohines
evocas una cándida musmé,
vestida con los clásicos pequines
y vueltas de riquísimo glasé.

Una de esas que adoran sus macetas
do cultivan con íntimos cuidados,
los iris, crisantemos y violetas
que adornan sus exóticos peinados.

Y al desplegar el brillo de los sueños
que forman tu mirífico país,
evocas los mitólogos ensueños
de una reina mas regia que Belkys.

De una reina que dé su silla de oro
por un trono de rosas y de nardos
y posponga su espléndido tesoro
al canto apasionado de los bardos.

ALAS

Para Herminia Herrera y Reissig.

Alas blancas, temblorosas,
de las blancas mariposas,
empapadas en el polen perfumado de las rosas,
viertan todas sus fragancias
en las ascuas encendidas de tu ático incensario
y en la copa de alabastro de tu artístico nectario.

Alas frágiles, ligeras,
de palomas mensajeras,
portadoras de amorosas, felicísimas quimeras,
depositen sus tesoros
en el cofre cincelado de alegóricos primores,
hecho para los trofeos de tus púdicos amores.

Y alas tenues, nacarinas,
beatas alas querubinas,
desplegadas en abrigo de arrobaciones divinas,
protejan plácidamente
los senderos florecidos de tus cármenes risueños
y la estrella prodigiosa que ilumina tus ensueños.

CAMAFEO

Para María Concepción Pringles.

Sobre fina,
trasparente rosalina
— diáfana congelación
de los lagos en la aurora —
una gleba de albos lirios,
alba espuma de los mares
y alba cera de los cirios,
donde un fídico cincel,
labre al son de la armonía
de un pífano de marfil
el delicado relieve
de tu estético perfil

Y puesto en un broche de oro
de jónica filigrana,
una mano petroniana
cuelgue esa helénica ofrenda,
con un gajo de azalea,
del licio blanco que flota
ante el recamado plinto
de la Venus Citerea.

PRESAGIO

Para Octavio Olascoaga Gache

PRESAGIO

La copta bronceada,
de túnica blanca,
de brazos ceñidos con aros de plata,
de frente circuída con vincha de oro,
la copta de bronce, de lóbregos ojos,
de grandes zarcillos á modo del Kairo,
con paso doliente bajó los peldaños
del amplio Nilópolis.
Con un aire dócil
cruzó la distancia del templo hasta el río.

¡Que triste era el Nilo!
La luna lloraba
su lánguida, pálida
serata de claros.
Los lúgubres, blancos,
hipnólicos ibis
decían de mudas plegarias á Osiris.
En torno á los juncos las aguas somníferas
apenas plegaban sutiles sonrisas.
Los ojos egipcios, los héticos ojos
buscaban un tierno pimpollo de loto
que abriendo sus labios,
cuando Eos abriera sus lánguidos párpados,
dijera el presagio
del áulico sueño
de Cleo.

Cruzó la distancia del templo hasta el río.
¡Que triste era el Nilo!
Entre los juncales sus plantas de raso

tentaron los rastros.
Sus ojos egipcios, sus lóbregos ojos
divisan el tierno pimpollo de loto.
Sonríen dolientes al présago pálido
sus héticos labios
de ardiente cinabrio:
"¡Oh hijo de Isis! ¿esconde tu seno
celestes dulzuras ó hieles de Averno?
¡Oh cuantas ofrendas de tibar á Horus
si auguras mis dichas osírico lotus!"

Se sienta en los juncos
y en tétricos, mudos
coloquios espera que rompa aquel broche,
matando la duda que enferma sus noches.

Y pasan las horas.
Un hondo silencio embriaga las sombras
que pueblan las noches tranquilas del río.

¡Que suave está el Nilo!
En torno á los juncos las aguas somníferas
apenas repliegan sutiles sonrisas.

Y pasan las horas,
con ellas las sombras.
Despiertan los himnos
de férvidos ritmos.
Los mágicos broches
se rompen.
Los ibis estiran sus lánguidos cuellos.
Hay ósculos roseos y vívidos. Eos
anuncia la vida
de un próximo día.

. . . .

El lotus esplende de níveos encantos.
Sus pétalos blancos
consulta la egipcia.

. . . .

¡Y alumbra su rostro fulgente sonrisa!

Montevideo, 1903.

BROCHE

BROCHE

No ha de ser un aurífero botón de filigrana
donde un romano artífice pulimentó una flor;
ni la fastosa piocha de augusta pompeyana
á la que dió el zafiro su olímpico esplendor.

Ni tampoco la égida do el arte florentino
bordara con mosaicos la regia flor de lys;
ni el primoroso dije de estilo bizantino
que adonizó el esmalte de vívido matiz.

Ni el arabesco exótico que un mágico joyero
recamó con la pompa de una alhaja oriental.
Será un broche simbólico que en oxidado acero
exhibirá una esfinge decadente — egipcial.

En su boca azorada habrá una perla oscura
que del nocturno salmo será el emblema fiel
y dos diamantes negros llenarán de pavura
á sus órbitas huecas y al extraño joyel.

A su frente hierática, circuirán los rubíes
como roja diadema del tesoro de Ormuz,
en su oreja habrá un ópalo y en su cuello alcorcíes
de amatistas pequeños de enigmática luz.

Y así la esfinge extática que en oxidado acero
burilara un capricho decadente — egipcial,
cuidará de mis cantos, como un guardia severo,
abrochando las tapas de mi sobrio misal.

Montevideo, 1905.

INDICE

ÍNDICE

AMATISTAS

DEL MISMO JOYEL

COLLAR DE VENUS

